

DETECTIVES DE LOS HUESOS

Avances científicos como la genética han facilitado la identificación de cuerpos. El Equipo Argentino de Antropología Forense ha trabajado en una treintena de países de cuatro continentes, convirtiéndose en implacable tamiz para saldar asignaturas pendientes de la Historia.

Mar Centenera

Es periodista. Nació en Barcelona en 1978. Vive desde hace seis años en Buenos Aires. Trabajó como corresponsal para la Agencia Efe y actualmente escribe en el diario español El País. Antes pasó por Italia e Indonesia..

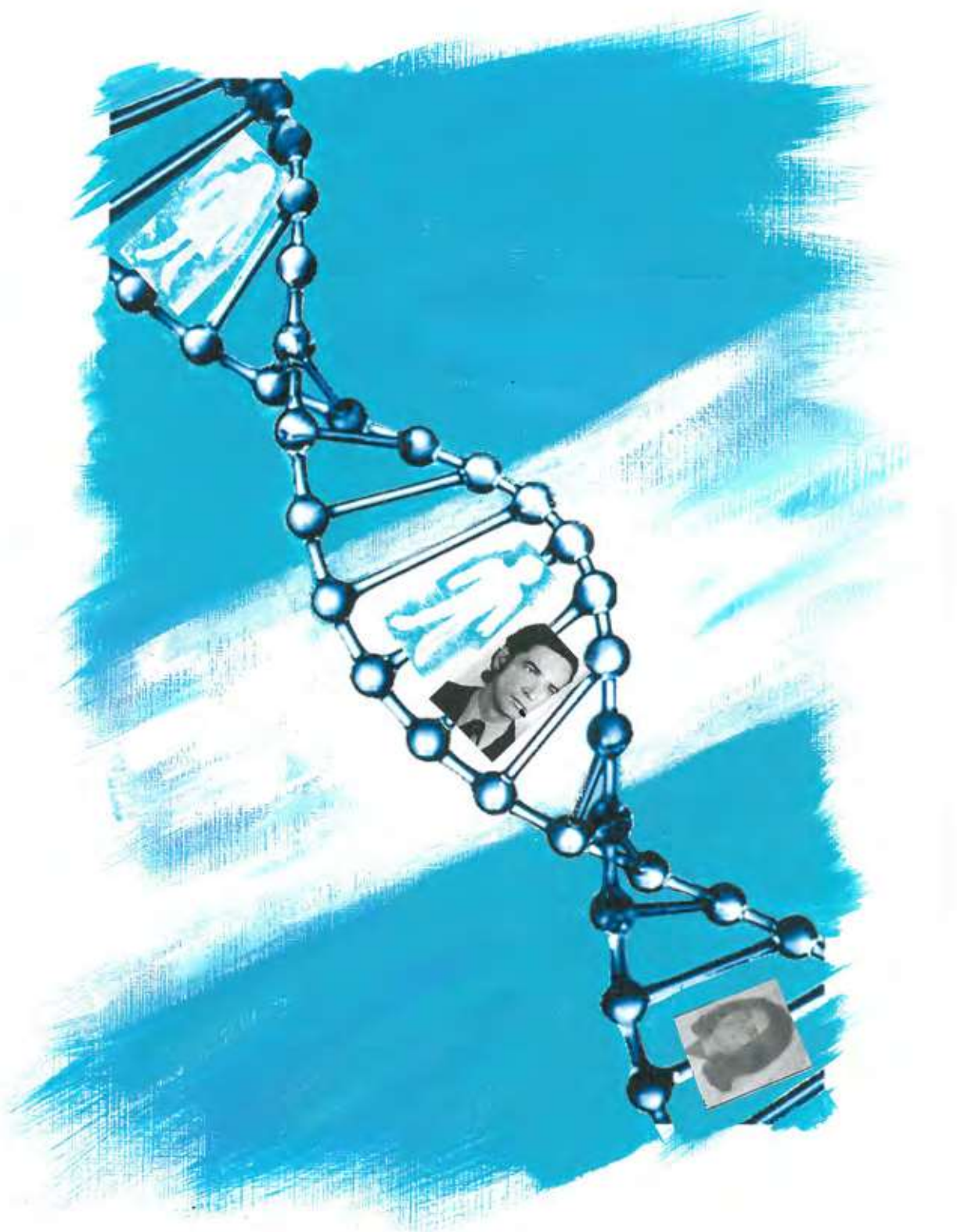
La invención de Bioy

Hay un pequeño cartel en la puerta. Para leerlo, hay que aguzar la vista y enterarse que allí, en uno de los galpones de la ex ESMA, está la sede del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Desde su fundación, en 1984, han trabajado en una treintena de países de Latinoamérica, África, Europa y Asia; son conocidos y respetados en todo el mundo, pero prefieren pasar desapercibidos, mantener un perfil bajo. Al entrar al edificio puede leerse un homenaje a Clyde Snow (1928-2014) impreso sobre una pared blanca: “Fundador, amigo entrañable y maestro del Equipo Argentino de Antropología Forense durante treinta años”. Fue este antropólogo estadounidense quien, en el invierno de 1984, se reunió con un grupo de cinco estudiantes argentinos y los convenció para exhumar restos en el cementerio de Avellaneda. Los jóvenes creían que ese trabajo sería realizado por única vez. Ninguno imaginó que terminarían por dedicar sus vidas a escuchar la voz de los huesos de los desaparecidos y a devolverles su nombre.

Uno de esos cinco estudiantes, Luis Fondebrider, es hoy el director del EAAF. A sus 54 años, este hombre de pelo enrulado y canoso conserva en la memoria la primera víctima de la dictadura a la que lograron identificar, en 1985: Liliana Pereyra. También, la de centenares que la siguieron. “Para nosotros, la identificación de un cuerpo es el momento más importante de nuestro trabajo. La gratificación de poder dar una respuesta a cada familia con la que trabajamos”, asegura Fondebrider desde su oficina.

El Sherlock Holmes de los huesos

El trabajo ha cambiado mucho desde ese invierno en el que Snow llegó a una Buenos Aires que acaba de recuperar la democracia. Lo llamaron los organismos de derechos humanos.



Clyde Snow, conocido como el “Sherlock Holmes de los huesos”, había trabajado en la identificación de los restos de Josef Mengele, el médico nazi de Auschwitz que fue localizado en Brasil, y en las fosas comunes de kurdos en Irak.

Conocido como el “Sherlock Holmes de los huesos”, había trabajado en la identificación de los restos de Josef Mengele, el médico nazi de Auschwitz que fue localizado en Brasil, y en las fosas comunes de kurdos en Irak. A pesar de su experiencia, le sobrecogió enterarse que hubo menores de edad entre los desaparecidos. “No me acostumbré al asesinato de niños. Hasta el código de conducta de la mafia excluye el ataque a los niños”, dijo Snow en esos años. Las primeras excavaciones en los cementerios se habían hecho con palas mecánicas, pero explicó que así “destruían pruebas” y marcó un nuevo camino.

El método para las exhumaciones ha variado poco desde entonces. Requiere pericia y paciencia. Una vez localizados restos humanos, los antropólogos forenses quitan la tierra que tienen encima pero los dejan en el lugar por si encuentran más evidencia: necesitan determinar su ubicación respecto al cuerpo, por ejemplo, de un casquillo de bala. Después levantan el esqueleto en orden: primero una pierna, después la otra, los brazos, el cráneo. Envueltos en papel y empacados en cajas, los huesos llegan al laboratorio del EAAF y allí son lavados minuciosamente con agua y un cepillo de dientes, secados al natural y ordenados sobre planchas metálicas.

Hay huesos que tienen una importancia especial. El fémur permite calcular la edad y la estatura; la pelvis, conocer el sexo. En las mujeres, la pelvis revela también si dieron a luz, un dato esencial en la búsqueda infatigable de las Abuelas de Plaza de Mayo. Gracias a las estrías que quedan tras un parto, Estela de Carlotto escuchó en 1985 por boca de Snow:

—Estela, eres abuela!

Los huesos de su hija Laura, exhumados por el EAAF, contaron también el enorme padecimiento que le infligieron los militares tras su secuestro, cuando estaba embarazada de tres meses.

“El deterioro de su dentadura probaba su largo secuestro; por la pelvis supimos que había tenido un bebé y por las balas que tenía alojadas en el cráneo, que había sido ejecutada con una Itaka disparada a 30 centímetros, por la espalda”, relató la presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo, en 1999, a la revista El Mensajero.

La genética como aliada

Para conocer la verdad apareció un aliado científico: la genética. Snow había informado a Estela de Carlotto que su nieto nació efectivamente en cautiverio. En 2014, un test de ADN mitocondrial le confirmó que estaba vivo. Un hombre de 37 años criado como Ignacio Hurban era en realidad el hijo robado de Walmir Oscar Montoya y Laura Carlotto. El nieto 114. Guido. Nieto y abuela se abrazaron por primera vez ese agosto en una noticia que conmocionó a todo el mundo.

“La genética si bien no es la solución para todo es una herramienta fundamental para la identificación”, señala Fondebrider. Las pruebas de ADN permitieron que el EAAF triplicara el éxito de las identificaciones.

El equipo ha localizado más de 1.200 cuerpos de desaparecidos de la última dictadura. De ellos, más de 700 han podido ser identificados, mientras que casi la mitad han sido restituidos a las respectivas familias. Marcelo Gelman Shubaroff, hijo del poeta Juan Gelman, Azucena Villaflor, fundadora de Madres de Plaza de Mayo, y el Che Guevara, figuran en el listado. Esos trabajos los pusieron bajo los focos mediáticos, pero huyeron con rapidez para volver a trabajar.

El trabajo con los familiares

—Todos son personas, dice Fondebrider.

“Cada una es diferente”, repite. Al echar la vista atrás, cuenta que uno de los casos más duros que le tocó fue trabajar en la matanza salvadoreña de El Mozote, perpetrada en 1981. Once años después, localizaron los restos de 150 niños que habían sido asesinados. “Fue la masacre más grande de América Latina, unas mil personas fueron asesinadas por el ejército salvadoreño. Nos marcó para siempre a los que estuvimos trabajando”, asegura.

El EAAF no sólo trabaja sobre el terreno sino con los familiares. Es una de las grandes diferencias entre sus investigaciones y otras de tipo policial o judicial. Es también uno de los motivos que explica su credibilidad en países en los que la ciudadanía tiende a desconfiar de las instituciones.

“Tenemos muy presente que los protagonistas son los familiares y no todos los que estamos alrededor”, asegura Fondebrider. Como ejemplo, detalla que cuando fueron convocados a investigar la desaparición de los 43 estudiantes de Ayotzinapa, en México, cada diez días viajaban a informar a los familiares de los avances.

“Tenemos una relación muy transparente con ellos. Nos sentamos a explicarles qué es un informe genético y muchas veces lo hacemos con los huesos en las manos porque quieren verlos”, continúa el director del EAAF. También son ellos los encargados de comunicar al familiar cuando el ser querido es localizado: tal vez han pasado meses, años o décadas buscándolo. “Es el momento más importante y la universidad no enseña cómo hacerlo”, admite Fondebrider. Es duro, pero a menudo los familiares les agradecen tener al menos una tumba a la que ir a llevar flores.

Eso ocurrió en Malvinas a fines de marzo. Mediante un complejo acuerdo entre Argentina y Reino Unido con la mediación de la Cruz Roja, integrantes del EAAF exhumaron en 2017 muestras de las 121 tumbas sin nombre del cementerio de Darwin, donde fueron enterrados los soldados argentinos caídos en 1982. El equipo logró identificar 90. Con esos resultados, los familiares viajaron al archipiélago con la certeza, por primera vez en 36 años, de saber dónde estaba ese ser querido que nunca regresó de la guerra de Malvinas.

“En un momento el cementerio se convirtió en una burbuja de silencio”, recordó Mercedes Salado en el Museo Malvinas el pasado 2 de junio.

“Había muchísima gente y transmitían paz. Había personas que llevaban las fotos de sus familiares, de sus hijos, nietos, que les presentaban todo lo que había pasado luego de 30 años. Les presentaban la vida que ellos no habían podido vivir y eso era una paz inmensa”, continuó Salado, una de las integrantes del EAAF que participó en la identificación.

El prestigio del equipo les ha abierto nuevas puertas con el paso de los años. La primera, la de los femicidios. En 2004, el estado mexicano de Chihuahua los convocó para investigar casos de muertes violentas de mujeres que se amontonaban sin nombre en fosas comunes y en las morgues de Ciudad Juárez. Los antropólogos forenses leyeron expedientes, hablaron con familiares y con agentes forenses y judiciales. Después, tomaron muestras de ADN para hacer un cruce masivo entre los perfiles genéticos de las familias de Ciudad Juárez que tuvieran a una mujer desaparecida y los de los cuerpos. De un total de cerca de 80 restos, lograron identificar a 33.

Acostumbrados a trabajar en contextos de dictaduras y guerras, con agresores procedentes de bandos bien identificados –ejército, policía, paramilitares o guerrilla–, los femicidios plantearon otros desafíos.

El método para las exhumaciones requiere pericia y paciencia. Una vez localizados restos humanos, los antropólogos forenses quitan la tierra que tienen encima pero los dejan en el lugar por si encuentran más evidencia.

La violencia ejercida sobre esos cuerpos no tiene motivaciones políticas. Fue necesario aprender a descifrarlos desde una perspectiva de género.

“Los cadáveres hablan”, aseguran los médicos forenses. Los de las víctimas de violencia machista suelen tener lesiones, golpes y cicatrices previas que revelan el infierno que esas mujeres atravesaron en vida. Saber escuchar esas voces silenciadas es el primer eslabón para que se haga justicia. Los especialistas investigan también en sus historias médicas, entrevistan a las familias y leen las denuncias policiales para reconstruir esos crímenes y evitar que queden impunes.

La segunda puerta que cruzaron hace una década fue la investigación sobre las muertes de migrantes. “Lo comenzamos a percibir en Ciudad Juárez, porque muchas de esas chicas eran migrantes”, cuenta Fondebrider sobre el germen del Proyecto Frontera. “No había un sistema multinacional de cruce de información que permitiera conectar un cadáver que aparece en el desierto en Arizona y Texas con una familia en Honduras”, señala. Por eso crearon bancos forenses que son gestionados por el Estado y la sociedad civil en los países centroamericanos que participan del proyecto.

Al ramificarse sus investigaciones, el EAAF amplió el equipo. Hoy lo conforman unos 60 integrantes, entre los que hay muchos antropólogos forenses pero también especialistas de otras áreas –física, biología, medicina y geografía–, además usan nuevas tecnologías, pero manteniendo sus raíces. En el galpón de la ex ESMA, donde trabajan, hay cientos de huesos apilados en cajas y un par de esqueletos reconstruidos sobre planchas metálicas. Ojos expertos los escudriñarán para intentar averiguar quiénes son y qué les pasó. ■